

arbitrario; y solo Sixto IV, su sucesor, alcanzó en fin la libertad de Balva, que se retiró á Roma, donde los horrores de que fué colmado le hicieron olvidar las desgracias de su cautiverio.

5. Entretanto Paulo II no había cesado de negociar para con los príncipes cristianos para decidirlos á una cruzada. Creía tocar al término de sus votos y esperanzas, cuando murió de repente, el 26 de julio de 1471. Su administración fué vigorosa y vigilante. Firmó una constitucion que prohibía á los legados, gobernadores y jueces de las provincias recibir ningun presente. Este decreto había tenido por objeto extinguir la venalidad de que hasta entonces estaba tachado el gobierno. Para aliviar á los pueblos y hacerles mas llevadera la dominacion, Paulo II dispuso que la guardia de las fortalezas y el gobierno de las ciudades, pertenecientes á la Santa Sede, fuesen dados exclusivamente á las eclesiásticos. En la colacion de los beneficios jamás le movieron motivos humanos. « No conviene, decia, distribuir las dignidades eclesiásticas ni con precipitacion, ni por miramiento ó recomendacion de personas influyentes, sino despues de un maduro exámen y profunda deliberacion en la que se examinen los méritos personales. » Paulo II fué el primero que introdujo en Roma el arte de la imprenta, descubierto veinticinco años antes por Guttemberg. « Su mas relevante título de gloria, dice Quirini, es haber dotado á la capital del mundo de la divina tipografía. »

§ II. PONTIFICADO DE SIXTO IV (9 de agosto de 1471-13 de agosto de 1484).

6. Los sufragios de los cardenales reunidos en conclave recayeron desde luego en el cardenal Bessarion, uno de los mas ilustres personajes de su tiempo por su ciencia, virtudes y grandeza de alma. Pero se excusó á sí mismo diciendo tener ya mas de ochenta años, y determinó al conclave eligiese á su amigo Francisco de la Rovere, cardenal de San Pedro *ad Vincula*, que tomó el nombre de Sixto IV. La defensa de la

Europa contra la invasion otomana había sido la perenne solicitud del pontificado. La historia contará, á honra de los papas, que solos, entre tantos príncipes cristianos, no perdieron jamás de vista esta sagrada mision y que se mostraron siempre los verdaderos representantes del patriotismo y de la civilizacion. Animado del mismo espíritu el nuevo papa se dedicó inmediatamente á formar una liga contra los Turcos. Para lograr su intento, pensó desde luego convocar un concilio en Roma, mas los príncipes cristianos rehusaron enviarle sus embajadores; se resolvió entonces á negociar la liga por medio de legados. Escogió al cardenal de Aquileya para Alemania, Hungría y Polonia; al cardenal Bessarion para Francia; al cardenal Borja para España. Nombró al cardenal Caraffa comandante en jefe del ejército de mar, compuesto de las armadas pontifical, veneciana y napolitana. El cardenal de Aquileya no pudo lograr poner en paz á los príncipes de Alemania en guerra entre sí, y su mision fracasó completamente. La de Bessarion no tuvo mejor éxito en Francia, donde Luis XI se ocupaba de expediciones menos lejanas que la de Turquía. Borgia, magníficamente acogido en España, su patria, solo obtuvo recoger por su cuenta grandes sumas de dinero que perdió en un naufragio del que salvó casi milagrosamente la vida (4). Solo el cardenal Caraffa tuvo feliz éxito en la expedicion naval que hizo en union con las flotas veneciana y napolitana.

7. Un nombre para siempre ilustre se cubria de gloria defendiendo la isla de Rodas contra todas las fuerzas de Mahometo II. Émulo de Hunyada y de Scanderberg, Pedro de

(4) Hay que notar que en este tiempo estuvo la España dando el golpe mortal á la morisma con la toma de Granada y expulsion para siempre de la invasion musulmana de un país donde estaba, hacia ya ocho siglos. No tenían pues necesidad, ni aun era prudente, ir á hacer la guerra santa á la Hungría, cuando tenían otra no menos santa en su propia casa. Es muy de extrañar que el autor no encuentre jamás excusas legítimas para los príncipes temporales, y que tal vez les acuse con sobrada acrimonia. Una expedicion tan lejana y compuesta de elementos tan heterogéneos ofrecia mas de un inconveniente, como lo prueban las cruzadas mismas. Sin querer excusar en un todo á todos los príncipes, había quienes podían alegar justas razones.

Aubusson, gran maestro de los caballeros de San Juan de Jerusalem, descendia por su padre de los antiguos condes de la Marca, y por su madre estaba emparentado con los reyes de Inglaterra. La sangre de héroes que circulaba por sus venas le llamaba naturalmente á grandes cosas : se mostró digno de su nacimiento, y sobrepujó en gloria á sus abuelos. A la noticia de los armamentos de Mahometo, Pedro de Aubusson llamó para ir á Rodas á todos los caballeros de todas las comarcas de la cristiandad. « El enemigo está á las puertas, » les escribió; el sultan no pone ya medios á sus ambiciosos proyectos, y su potencia es mas y mas formidable cada dia : » tiene muchedumbre innumerable de soldados, excelentes capitanes é inagotables tesoros. No tenemos otro recurso que nuestro valor, y somos perdidos si no nos salvamos á nosotros mismos. Acudid pues con tanto celo como valor al socorro de la religion. Vuestra propia madre os llama ; una madre tierna que os ha alimentado á sus pechos y educado en su seno. ¿Habrà un solo caballero hartó ingrato para abandonarla al furor de los Bárbaros? » Todos respondieron á tan generoso llamamiento del gran maestro, protestando que estaban prontos á derramar hasta la última gota de sangre de sus venas por la defensa de la fe. Para que el servicio no sufriese retraso por la diversidad de mandos, ó lentitud de consejos, todo el capítulo suplicó á Pedro de Aubusson reasumiese en su persona autoridad absoluta para las operaciones militares y administracion de todo. Era una especie de dictadura exigida por la premura de las circunstancias. En mayo de 1480, pareció delante de Rodas la grande armada otomana, compuesta de ciento sesenta buques de alto bordo con cien mil hombres de desembarco, al mando del gran visir Paleólogo, renegado de la familia de los últimos emperadores griegos, que se habia vendido al jefe del imperio anticristiano. Duró el sitio dos meses, y se pusieron en resorte todos los medios imaginables para reducir la plaza : ataques incesantes de dia y de noche, cañoneos espantosos, sorpresas silenciosas, tránsfugas encargados de envenenar al gran maestro y de enseñar

á los enemigos los costados débiles. Algunos caballeros se desalentaban y hablaban de rendirse. Pedro de Aubusson los llamó y dijo : « Si alguno de entre vosotros no se cree seguro » en la plaza, el puerto no está tan estrechamente bloqueado » que no haya medios de salirse. Mas si quereis permanecer » aquí, que jamás se me hable de rendicion ni composicion, ó » yo os hago pasar por las armas. » Avergonzados de su flaqueza, los caballeros prometieron expiarla con su sangre ó con la de los infieles, y cumplieron su palabra. Habian fijado los Turcos el 27 de julio para el asalto general. Durante la noche se avanzan en buen orden y con el mayor silencio, escalan los muros sin la menor resistencia, y enarbolan en ellos su estandarte. Perdida estaba Rodas sin la energía é indómito valor de Pedro de Aubusson. Conocido el peligro corre á las armas, hace desplegar la gran bandera de la orden : « Vamos, hermanos, dijo á los caballeros que le rodeaban, » vamos á combatir para salvar á Rodas ó sepultarnos en sus » ruinas. » Dos mil quinientos Turcos ocupaban la brecha y el muro : hace subir al asalto contra ellos, y el primero sube por la escala : dos veces es herido, dos veces se levanta, y logra en fin subir al muro con sus caballeros. El combate es ya mas igual y los infieles comienzan á replegarse. Pero doce genízaros enviados por el renegado Paleólogo se esfuerzan exclusivamente en matar al intrépido gran maestro. Pedro de Aubusson recibe cinco heridas hondas, por las que sale sangre ó borbotones ; los caballeros le conjuran se retire : « Mu- » ramos aquí, les respondió, antes que volver atrás. ¿Cuándo » tendremos mejor ocasion ni mas gloriosa de morir por la fe » y por la religion? » Estas palabras, y su ejemplo aun mas elocuente, elevan á los cristianos sobre sí mismos, y cada soldado es un héroe. Los Turcos espantados huyen y se matan unos á otros por abrirse camino y salvarse. Paleólogo, con la vergüenza y el despecho en el corazon, se ve obligado á reembarcarse con los restos de un ejército hecho trizas. Rodas se salvó. Una inmensa aclamacion de júbilo acoge en Europa tan heroica victoria, y en el año siguiente, Pedro de Aubus-

son fué nombrado cardenal. Jamás se ha encarnado tan gloriosamente la púrpura romana como con esta sangre tan pura. Furibundo por este descalabro, Mahometo II se vengó con la toma de Otranto, donde todo lo llevó á sangre y fuego. Se contaron hasta doce mil cristianos degollados ó hechos prisioneros (11 de agosto de 1480). Un ejército de trescientos mil Otomanos se preparaba, bajo el mando del mismo sultan, á conquistar la Italia. Segun todas las previsiones, nada podia salvar á la cristiandad, cuando hé aquí que se supo la muerte de Mahometo II, que sucumbió á una enfermedad aguda en 3 de mayo de 1481, á la flor de su edad, pues solo contaba cincuenta y tres años.

8. Entretanto las revoluciones políticas ensangrentaban á la Italia. La fortuna de los Médicis principiaba á llenar á Florencia con su esplendor; pero como lo que se ensalza atrae necesariamente la envidia y el odio, los nuevos duques, Lorenzo y Julian, contaban entre sus compatriotas numerosos enemigos. La antigua familia de los Pazzis trataba de reconquistar la soberanía; y así se disputaban en Florencia el poder dos facciones temibles, y todos los Estados de Italia tomaron parte en esta contienda. Sixto IV envió á su sobrino el cardenal de San Jorge, con mision de restablecer la paz. Los Pazzis habian organizado una conspiracion que solo aguardaba un momento favorable para estallar. Durante la misa mayor del 22 de abril de 1478, celebrada por el cardenal, los conjurados se echaron sobre los dos Médicis. La conspiracion no salió bien sino á medias. Julian murió á puñaladas; Lorenzo, ligeramente herido en el cuello, logró escaparse; pero el furor popular se vengó de este crimen. Jacobo Pazzi, que habia dirigido toda esta trama, fué muerto, con quince cómplices suyos, entre los cuales se hallaba Francisco Salviati, arzobispo de Pisa. Era cosa muy grave el suplicio de un obispo hecho sin proceso ni sumaria jurídica, ni recurso á la Santa Sede. El papa no podia dejar impune semejante atentado sin envilecer á los ojos de la Europa la influencia de la silla apostólica. No tuvo necesidad de miras políticas para dirigirse en

este negocio, y le han acusado con gran sinrazon y calumnia de haber entrado en la conspiracion contra los duques Lorenzo y Julian. Sixto IV lo ignoraba totalmente. A un mismo tiempo supo en Roma el crimen, el castigo arbitrario que se le habia impuesto, el arresto del cardenal de San Jorge, su sobrino, á quien el pueblo habia puesto preso como cómplice de los Pazzis. En vista de tales excesos lanzó entredicho contra Florencia, y excomulgó á Lorenzo de Médicis. Entonces se concluyó una alianza entre la Francia, los Florentinos, Venecia y Milan. Los obispos de la Toscana se juntaron en concilio bajo la influencia de esta liga, y apelaron del papa al futuro concilio general. Luis XI se imaginó crear otros obstáculos al soberano pontífice. Juntó en Orleans al clero y grandes del reino para restablecer con ellos la *pragmática sancion*, que tantas veces habia querido abolir. Al mismo tiempo envió embajadores al papa suplicándole alzase el entredicho contra Florencia y castigase á los asesinos de Julian de Médicis. La situacion era crítica. Sixto IV habia sostenido noblemente los intereses de la Santa Sede, y se veia amenazado á la vez por Luis XI y por las mas poderosas repúblicas de la Italia setentrional. El vizconde de Lautrec, embajador del rey de Francia, tenia orden, si el papa rehusaba adherir á lo propuesto, de protestar, y de apelar de su juicio al del futuro concilio general. La respuesta de Sixto IV fué digna del vicario de Cristo: « El rey de Francia, dijo á Lautrec, no puede, sin hacer » traicion á su conciencia y á las leyes del honor, pensar en » restablecer la *pragmática sancion*, cuya injusticia ha reconocido él mismo. Si esta ordenanza es legítima, ¿cómo la ha » revocado por sus anteriores edictos? Si es contraria á las » leyes canónicas, ninguna ley puede restablecerla. Respecto » de los asuntos de Florencia, el juzgado de los eclesiásticos y » de la administracion de las cosas espirituales no pertenecen » al rey de Francia; y tocan exclusivamente á la cabeza de la » Iglesia. » Lautrec hizo entonces su protesta solemne, con apelacion al futuro concilio, dejando al papa en una situacion erizada de peligros. Sin embargo se desarrolló pacíficamente.

El emperador de Alemania, Federico III, interpuso su mediación; logró del rey de Francia y de los príncipes de Italia que enviasen sus embajadores á Florencia para hallar medios de acomodo y conciliación. Lorenzo de Médicis negoció la paz, que fué concluida en 1480, y Sixto IV, para hacer servir, siquiera contra los infieles, una lucha que peligró renovar en la Iglesia los horrores del cisma, impuso á la república de Florencia la condición de equipar quince navíos de guerra contra los Turcos.

9. La muerte de Mahometo II habia librado á la Italia del mayor peligro en que se vió jamás. Las diversas repúblicas estaban pacificadas, y Sixto IV construyó en Roma la iglesia de la Paz, para perpetuar el recuerdo de estos acontecimientos. Mas por desgracia no tardaron en renacer las facciones. El espíritu de discordia esparcía por todos los Estados de la Península su gérmen destructor, desde que en provecho de algunas familias poderosas se habian creado en las diferentes ciudades muchedumbre de soberanías particulares. Esta situación puso á la Santa Sede en la necesidad de reconstituir la unidad del poder sofocando las tiranías de los señores. Tal será en adelante la política de los soberanos pontífices. Sixto IV la inauguró con una firmeza digna de su carácter, y murió el 13 de agosto de 1484, despues de un trabajoso reinado.

10. Luis XI le habia precedido, pues murió el 30 de agosto de 1482. La cercanía de la muerte habia despertado en el alma del monarca grandes terrores, y en efecto tenia por qué temer el juicio de Dios mas que ningun otro. Las imágenes de plomo de la santísima Virgen y de santos que llevaba en su sombrero, las numerosas ofrendas que hacia á los santuarios, y otras muchas precauciones no le tranquilizaban bastante. En esta época vivia en Italia san Francisco de Paula, ilustre solitario de la Calabria, fundador de la nueva órden de los Mínimos. Los milagros que Dios se habia dignado obrar por su intercesión le habian hecho célebre. Hacia 1425 se habia retirado á una soledad muy áspera en los montes de su patria.

Muchos discípulos se agruparon bajo de su dirección y abrazaron la vida eremítica con todo su rigor. El pueblo les llamaba los *Ermitaños de san Francisco*; pero el humilde fundador quiso llevasen el nombre de *Mínimos*, para que se considerasen como tales. La regla era muy austera, con cuaresma rigurosa y perpetua. La perfección con el tiempo y compuso otra para las monjas de su instituto, y en fin una para la *tercera órden*. De tan grande hombre quiso ser asistido Luis XI en su lecho de muerte. Le envió embajadores rogándole viniese, y como pusiese obstáculos, el rey de Nápoles se lo suplicó tambien; y en fin el papa Sixto IV se lo mandó, con lo que partió inmediatamente para Plessis-lès-Tours, donde se hallaba el enfermo monarca. Su travesía por Italia y Francia era como un viaje triunfante: Luis XI envió al delfin para que le recibiese en Amboise; y el mismo rey, cuando estuvo ya en su presencia, se echó á sus piés, lloroso y conmovido. Francisco de Paula le exhortó á pensar mas en purificar su alma que en curar su cuerpo, ya extenuado y cadavérico. Luis XI siguió sus consejos, y poco despues murió implorando hasta el último suspiro la protección de María santísima, repitiendo muchas veces: « Santa María de Embrun, mi augusta Señora, ayúdame y socorredme. » San Francisco de Paula solicitó vanamente de sus sucesores Carlos VIII y Luis XII el permiso de regresar á la Calabria. Estos dos príncipes no consintieron jamás en privarse de las luces y socorros del santo, que murió el 2 de abril de 1508, en el monasterio de Plessis-lès-Tours, que habia fundado.

§ III. PONTIFICADO DE INOCENCIO VIII (29 de agosto de 1484-25 de julio de 1492).

11. El cardenal de Melfi, Juan Bautista Cibo, noble genovés, fué elegido para suceder á Sixto IV, y tomó el nombre de Inocencio VIII. Antes de ser ordenado habia sido casado, y aun tenia dos hijos vivos al tiempo de su exaltación. Francisco Cibo, el mayor, casó con la hija de Lorenzo de Médicis y fué el tronco de los príncipes de Massa. El Oriente atrajo desde